

LAS VOCES DEL CUERPO
FABIÁN TAPIA

«La humanidad es muy adaptable decía mi madre. Es sorprendente la cantidad de cosas a las que llega a acostumbrarse la gente si existe alguna clase de compensación.»
—Margaret Atwood.

Olvida todo lo que conozcas. Olvida todo lo que te han contado sobre cómo fue y sobre cómo quieren que vuelva a ser. Esta es mi realidad y al contártela será también tuya.

Hoy es el día en el que elegimos a nuestro comandante. Ha amanecido frío: el cielo es una pizarra gris, barrido por un sentimiento tembloroso. ¿Es así la forma que tiene de decirnos que el día tendrá un final amargo? Se sospecha; hoy es el día, a final de cuentas, donde todos perdemos algo.

Una parte de nuestro cuerpo con tal de decidir.

Verás: yo tampoco lo creía en un inicio hasta que vi la sangre, el rotundo momento en que sabía que ya no era posible una vuelta atrás. Fue cuando observé a mi abuelo cortándose la oreja —quizá el recuerdo más vívido que jamás haya tenido y tendré—. Se cortó la oreja porque así es como podemos ejecutar una elección. Cortas una parte de tu cuerpo, se la das al Consejo y puedes determinar a quién le das tu voto de confianza para que pueda gobernar la tierra.

Ellos, quienes nos gobiernan, creen justo ese intercambio. Se creen dueños de nuestros cuerpos y dicen que esa es la única forma de decidir con la sangre fría. Qué ironía.

El Coliseo es el nombre del recinto donde nos despojamos de una parte de nosotros. Donde decidimos a quién cederle el poder. Las mujeres y yo ya decidimos a quién.

—Si tenemos que deshacernos de una parte de nosotras, lo mejor es que elijamos a una mujer —dijo Marcia, pero todos sabíamos el verdadero motivo. No era por sororidad, sino porque ella, la única mujer candidata, había propuesto volver a traer el azúcar a nuestro distrito, un insumo del cual solo teníamos el recuerdo.

Sí, sería por ella.

Y, además, pensaba en las profundidades de mi esperanza, podía ser que en aquella mujer cupiera la sensatez y decretara el fin de tanta barbarie. Quizá pudiera escucharnos. Darnos una tregua. Quizá.

La noche anterior vi mi meñique contra la luz de la luna. Era la última noche en que esa parte del cuerpo iba a estar en mí. Si todo era cierto, si todo era como nos lo decían en los televisores y en todos los medios, se trataba entonces de una despedida justa, concienzuda, y no debería sentir el mínimo atisbo de tristeza, pues era en nombre de la Anatócracia, de los principios que nos hacían ciudadanos y los principios que sostenían a nuestra nación. Vi a mi meñique contra la luz lunar y me consolé pensando en los cambios que podría propiciar no solo una parte de mi cuerpo, sino también las partes del cuerpo de todos los demás.

Todos estábamos dispuestos a sacrificar algo.

Eso solo podría traer el mejor de los resultados.

Eso solo nos podría hacer mejores personas para un mejor país.

Porque nada era en vano.

Siempre que cuentan los votos y se da a conocer al ganador hay un sumo sacerdote que conduce al candidato elegido a la pila de fragmentos de cuerpos. El sacerdote hace hincapié en cuánto han sacrificado sus votantes por él y por la paz de la región, en cuán grande es la confianza que le hemos depositado y que por ningún motivo del mundo debe defraudarnos. Acto seguido, como dicta el protocolo, el candidato ganador se sume por completo en la pila de dedos y pies y manos y huesos y ojos y orejas, se empapa en su sangre y, entre sollozos y voz entrecortada hace el juramento de conducir a nuestra sociedad por la prosperidad. Es el día de mayor conmoción para todos nosotros.

El día ha llegado. El Coliseo está inundado de un sinfín de sensaciones: el sonido metálico de los cuchillos, el olor de la sangre fresca, los gritos ahogados, el olor fresco y embriagador de los antisépticos...

No se nos permite hablar, pero por lo que veo en las miradas de las mujeres, nuestra decisión no ha cambiado. Estamos en una fila esperando nuestro turno; esta es la última vez que estaremos completas.

Casi puedo sentir el sabor del azúcar en mi lengua en el sentido más palpable posible, justo como lo hacía la seguridad de las palabras en esa candidata. Puedo ser

capaz de cualquier sacrificio con tal de tener ese recurso de vuelta. Pienso en la recompensa y dejo de tener miedo. Son tiempos duros, sí, pero nada puede ser injusto cuando se obra con esta vehemencia.

Justo cuando hay dos personas por delante de mí sé que las cosas cambiarán rotundamente. El hombre que entra carga con una bolsa negra como con un bulto dentro. Ha entrado gritando, aunque sus gritos me resultan incomprensibles de tan guturales. ¿Habrá sido capaz de cortar su lengua con tal de votar? Me estremezco. Me parece por un momento imposible, pero nada que no se haya visto ya. Sigue profiriendo sus gritos infernales. Es hasta que deja caer lo que hay dentro de la bolsa cuando comprendemos cuanto quiere decir.

Queda al descubierto.

Es la cabeza cercenada de nuestra candidata.

Acto seguido, como si no nos hubieran arrancado una parte de nuestro cuerpo sino muchas en simultáneo —incluso el alma— corremos las mujeres y yo en una turba hacia él y lo comenzamos a desmembrar. Alguien roba un cuchillo a uno de los dependientes; vamos a cortarle hasta lo más mínimo con tal de instaurar a alguien que nos traiga de vuelta el azúcar y depositar cada uno de los votos en él. Sentimos la rabia. Nos movemos por la rabia. Respiramos por la rabia. De modo que entre todo el mar de sangre gritamos y golpeamos, hasta que esa alma arrancada por su barbarie vuelva a nosotras.

Cuando la última esperanza se arranca de tu ser te vuelves un animal.

Las voces del cuerpo comandan una legión de fieras y dictan las órdenes más inauditas.

Y nosotras solo obedecemos.